

EL MALESTAR EN LA CULTURA SEGÚN FREUD.

■ Brenda Marisol Palomo Flores*

LA OPOSICIÓN NATURALEZA/ CULTURA Y SU RELACIÓN CON EL MALESTAR DEL INDIVIDUO.

El eje principal que Freud analiza en la obra *La moral sexual < cultural > y la nerviosidad moderna* es la cuestión de la felicidad o bien, las causas de lo que él llama nerviosidad, que, como se verá, tienen su fundamento en el antagonismo naturaleza/cultura. Cabe destacar que para Freud una de las influencias, al menos indirecta, fue la teoría de la evolución de Darwin, en particular la visión del hombre que tal teoría imponía en el ambiente intelectual de aquella época.

Después de analizar lo que algunos pensadores señalaban como causas de la nerviosidad Freud llegó a la conclusión de que ninguno de ellos había esclarecido en absoluto el problema, pues no consideraban el origen de la enfermedad, no habían observado el papel fundamental que la sexualidad tenía en la constitución psíquica del individuo. Es en este punto donde Freud inaugura la crítica hacia ciertos aspectos de la cultura, esencialmente en lo que se refiere a la moral sexual, la cual sofoca y restringe la sexualidad.

Pero ¿cómo llegó Freud a la conclusión de que el factor sexual era pieza clave en el entendimiento de la nerviosidad o enfermedad psíquica del individuo? En una de sus primeras obras, *La interpretación de los sueños*, Freud descubrió, mediante el análisis de los sueños que él mismo experimentó tras la muerte de su padre, el complejo de Edipo, el cual se caracteriza, en sus rasgos generales, por cierta ambivalencia en cuanto a sentimientos, es decir, a una combinación de sentimientos de amor, admiración y odio que el

individuo siente por el padre¹, pues es tenido como un rival con quien se comparte el amor de la madre. En otras palabras, durante la vida del individuo intervienen factores, en principio ligados al núcleo familiar, que condicionan su desarrollo sexual, provocándole cierta insatisfacción que en la mayoría de los casos no desaparece. De ahí que el individuo se vea forzado a sublimar sus pulsiones sexuales, es decir a “permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella”², pues de esta manera logra obtener cierta satisfacción sustitutiva, y al mismo tiempo logra la aprobación social de sus actos.



performancera, 1927.

* San Nicolás de los Garza, N. L., 18 de diciembre de 1995. Brenda Palomo Flores es Licenciada en Filosofía y Humanidades (UANL, 2018). Sus intereses son la filosofía política-económica, la filosofía de la educación y la metafísica. Actualmente funge como auxiliar docente en el Instituto “Francisco Javier Mina”.

1 Stephen P. Thornton. Sigmund Freud (1856—1939). The Internet Encyclopedia of Philosophy. ISSN 2161-0002. Consultado el 7/03/18 en www.iep.utm.edu.

2 Sigmund Freud. *La moral sexual < cultural > y la nerviosidad moderna*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1908. p. 169.

Sin embargo, afirma Freud, el desplazamiento o sublimación no puede prolongarse permanentemente,

una cierta medida de satisfacción sexual directa parece indispensable para la inmensa mayoría de las organizaciones, y la denegación de esta medida individualmente variable se castiga con fenómenos que nos vemos precisados a incluir entre los patológicos a consecuencia de su carácter nocivo en lo funcional y displacentero en lo subjetivo.³

A este punto se vuelve necesario para Freud aclarar que “la pulsión sexual no está originariamente al servicio de la reproducción, sino que tiene por meta determinadas ganancias de placer”⁴, como se observa en las primeras fases de su desarrollo, las cuales se dividen en autoerotismo, etapa en la cual el placer se obtiene independientemente del objeto, y el amor de objeto; sólo en la última etapa, la cual corresponde a la moral sexual cultural, se da el primado de los genitales y de su puesta al servicio de la reproducción⁵. Con esto se da a entender que la sexualidad ha sido culturalizada, pues una pulsión con el único fin de ganancia de placer es inaceptable para la cultura.

Este es el principio del problema del malestar individual, pues aquellos individuos que poseen una pulsión particularmente fuerte están destinados inevitablemente a la desdicha no importa el camino que elijan: si ignoran los ideales culturales sobre cómo vivir su sexualidad son excluidos por la sociedad, y si por otro lado, obedecen las normas sociales inhibiendo sus pulsiones consiguen sí “respeto social” pero en lo individual enferman de neurosis, precisamente por el ejercicio de sofocación de sus pulsiones. De esta manera, “cierto número de individuos son hechos a un lado como perversos, mientras que otros, que se empeñan en no serlo cuando su constitución los destinaría a ello, son forzados a la nerviosidad”⁶.

Hasta aquí puede entenderse que la estructura biológica/psicológica del ser humano ejerce gran influencia sobre las acciones del hombre, tanto así que su inhibición le provoca nerviosidad, un estado

en el cual no le es posible obtener dicha de fuente alguna, pues, aunque intente encontrar resarcimiento en otras cosas no llega a ser suficiente, no se puede engañar a la mente. Una de las fuentes de resarcimiento que propone la sociedad en cuanto a la sofocación de la pulsión sexual es el matrimonio, pero éste “fracasa después de un tiempo en cuanto a su promesa de satisfacer las necesidades sexuales”⁷ ya que incluso en la vida matrimonial se imponen restricciones a la sexualidad, por no agregar que en la mayoría de los casos los individuos ya padecen de neurosis para cuando contraen matrimonio.

Puesto que la cultura, según Freud, perjudica de manera implacable al individuo cabría esperar que los beneficios que a cambio le reporta valgan la pena, pero esto de ninguna manera es así, “en la enorme mayoría de los casos la lucha contra la sensualidad consume la energía disponible del carácter”⁸ lo que resulta en una ausencia de su participación y/o contribución en el ambiente cultural de su época. “De suerte que la sociedad no puede anotarse una ganancia obtenida a costa de sacrificios; no tiene derecho a adjudicarse ninguna, puesto que paga la obediencia a sus abundosos preceptos con el aumento de la nerviosidad”⁹.

Así, Freud concluye este ensayo pronunciando el problema del antagonismo entre la naturaleza (la estructura biológica del ser humano) y la cultura (ética, religión, ideales culturales) sin ofrecer resolución al mismo, pues de hecho no es este su objetivo, su tarea consiste en señalar las fuentes del malestar cultural; de todas maneras al final, ¿qué puede hacerse contra las pulsiones, “fuentes internas que aportan constantemente un aflujo de excitación al cual el organismo no puede escapar y que constituye el resorte del funcionamiento del aparato psíquico”¹⁰?

EN TORNO A LAS CAUSAS DEL MALESTAR.

En el ensayo *El malestar en la cultura* Freud continúa su análisis sobre el antagonismo naturaleza/

3 *Ibidem*.

4 *Ibidem*.

5 *Ibidem*.

6 *Ibidem*, p. 172.

7 *Ibid.*, p. 180.

8 *Ibid.*, p. 181.

9 *Ibid.*

10 Jean Laplanche. *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós. 1967. p. 325. Disponible en: <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/diccionario-de-psicoanalisis-laplanche-y-pontalis.pdf>.

cultura que ya había empezado en *La moral sexual <civilizada> y la nerviosidad moderna*, sin embargo, ahora lo estudia con mayor profundidad, resuelve también la ambigüedad en cuanto a la represión, si ésta tiene un origen orgánico (sublimación) o si es causada por la cultura (todo tipo de influencia exterior)¹¹.

No debe resultar extraño que en el primer capítulo de este ensayo Freud introduzca lo que entiende por religión, a saber, un “sistema de doctrinas y promesas (...) [que nos] asegura que una cuidadosa providencia vela por nuestra vida y resarcirá todas las frustraciones padecidas en el más acá”¹², pues justamente la religión y la investigación emprendida por Freud coinciden en el abordaje del problema de la felicidad, y aunque en ambas partes se concuerda que el hombre no puede alcanzar la dicha en vida terrena, distan en el modo en que resuelven el *problema*.

Más allá de que Freud entienda la religión como una condición de desvalimiento infantil, le es imposible, como a cualquier filósofo le sería, explicar, en este caso, la felicidad bajo los términos en los que la plantean las religiones, en tal situación no hay preguntas; pero claramente, Freud se sitúa en la perplejidad. Así llega a afirmar que “estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado. Ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha”¹³.

A este punto conviene introducir los conceptos de principio de placer y de realidad, a los cuales se refiere Freud más detalladamente en el ensayo *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* escrito en 1911, “el principio de placer forma parte de los procesos psíquicos primarios. Estos procesos aspiran a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira (represión)”¹⁴, mientras que el principio de realidad representa a la actividad psíquica lo real, aunque sea desagradable. El principio de placer es, por lo tanto, el encargado de que el hombre busque la felicidad, pero esta tarea es irrealizable de cualquier manera¹⁵.

11 Sigmund Freud. *El malestar en la cultura*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1929. p. 61.

12 *Ibíd.*, p. 74.

13 *Ibíd.*, p. 76.

14 S. Freud. *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1911., p. 224.

15 S. Freud. *El malestar en la cultura*. p. 83.



Pulque sobre escritos y pinturas

Con lo expuesto hasta ahora queda claro que las causas del malestar, aunque algunas provienen del exterior, tienen una base predominantemente “orgánica”, en el principio de realidad con el que opera nuestra psique. Pero conforme la exposición avanza Freud afirma que “gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura”¹⁶, por la represión que obliga cumplir al ser humano.

EROS Y ANANKÉ: ORIGEN Y PRESERVACIÓN DE LA CULTURA.

En un primer momento la investigación muestra que el hombre se vio forzado a sacrificar sus pulsiones con el fin de conformar una comunidad, pero conforme se avanza en el desarrollo del análisis sobre la comunidad primordial, la familia, se descubre que ésta tiene su origen en la instauración de una relación permanente del hombre con la mujer: “el varón no quería estar privado de la mujer como objeto sexual”¹⁷, mientras que las hembras, “que no querían

16 *Ibíd.*, p. 85.

17 *Ibíd.*, p. 99.

separarse de sus desvalidos vástagos, se vieron obligadas a permanecer junto al macho más fuerte, justamente en interés de aquellos”¹⁸. Pero no fue sólo el amor* el fundador de la cultura humana, pues el hombre primordial también había descubierto que era útil vivir en común, “así, Eros y Ananké pasaron a ser los progenitores de la cultura humana”¹⁹.

A partir de lo anterior podemos observar que en los albores de la cultura los seres humanos habían obtenido la dicha, “pero en el curso del desarrollo el nexo del amor con la cultura pierde su univocidad. Por una parte, el amor se contrapone a los intereses de la cultura; por la otra, la cultura amenaza al amor con sensibles limitaciones”²⁰, pues sólo permite la sexualidad como medio para la multiplicación de la especie, nunca como fuente autónoma de placer²¹.

Surge aquí una característica esencial de la relación entre cultura y Eros, la primera tiene su base en la cohesión de los individuos mediante el amor de meta inhibida, y en este aspecto no admite reparo contra la prosperidad del amor, esto se expresa en uno de los reclamos ideales de la sociedad, “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, exigencia por cierto difícil de realizar considerando que el hombre posee en su “dotación pulsional una buena cuota de agresividad”²². Pero justamente porque es por todos conocida la inclinación a la agresión presente en el hombre la cultura invierte gran parte de su energía en “métodos destinados a impulsar [a los seres humanos] hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida”²³.

En un inicio Freud había descubierto solamente las pulsiones yoicas (de autoconservación) y las pulsiones de objeto, “para designar la energía de éstas últimas, y exclusivamente para ellas, [Freud] introdujo el nombre líbido; de este modo, la oposición corría entre las pulsiones yoicas y las pulsiones <libidinosas> del amor (...)”²⁴, después el despliegue

del análisis mostró que el yo mismo es investido por líbido, aunque no todo en el yo es tal cosa. Existe una pulsión, como ya se dijo, destructiva y autodestructiva en el ser humano que Freud llama pulsión de muerte, contra la cual la cultura empeña toda su fuerza, de ahí la caracterización de la vida en general como lucha entre Eros y Tánatos²⁵.

¿Pero de qué método se vale la cultura para mantener reprimida la pulsión de muerte en el hombre? El individuo que vive en comunidad, sin duda, se sabe protegido y amado por la sociedad y por los bienes que en y de ella obtiene, por ello no tiene opción más que renunciar a sus pulsiones con el fin de no perder ese amor* y esa protección, pero las pulsiones no pueden ser reprimidas, su energía se manifiesta de alguna u otra forma, así que al tratar de reprimir la pulsión de muerte se instaura el superyó o la conciencia moral, “ahora la renuncia de lo pulsional ya no tiene un efecto satisfactorio pleno; la abstención virtuosa ya no es recompensada por la seguridad del amor; una desdicha que amenazaba desde afuera se ha trocado en una desdicha interior permanente, la tensión de la conciencia de culpa”²⁶ ejercida por el superyó --siempre vigilante, ante el cual no tiene diferencia alguna si se cometió o no el acto “malo”-- contra el yo.

Más tarde, la relación causal anterior se invierte, o bien se la observa desde otro ángulo, “la renuncia de lo pulsional (impuesta a nosotros desde fuera) crea la conciencia moral”²⁷; si se lo piensa bien ninguna de las dos explicaciones ofrecidas se contrapone a la otra, sino que se complementan: el hombre es claramente forzado por ideales culturales a la represión, pero al mismo tiempo tiene miedo de perder el amor de su familia, de su círculo social, por esto es que sublima sus pulsiones. Freud, en cambio, encuentra la justificación de ambas concepciones y a la vez una diferencia en la historia filogenética del hombre, es decir, en el parricidio perpetuado por los hermanos. En este caso no vale la suposición de una conciencia moral y un sentimiento de culpa, sino que se trató de un caso de arrepentimiento, el cual se originó a partir de la ambivalencia de sentimientos de los hijos hacia el padre, lo odiaban y por eso lo asesinaron, pero en su arrepentimiento,

18 *Ibíd.*, p. 97.

*Amor. Freud entiende por amor “el vínculo entre varón y mujer, que fundaron una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se da ese nombre a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre los hermanos dentro de la familia, (...) [entendiendo este último como] amor de meta inhibida (...)”.

19 S. Freud, *Op. Cit.*, p. 99.

20 *Ibíd.*, p. 100.

21 *Ibíd.*, p. 102.

22 *Ibíd.*, p. 108.

23 *Ibíd.*, p. 109.

24 *Ibíd.*, p. 113.

25 *Ibíd.*, p. 118.

*Angustia social. Freud llama de esta manera al sentimiento de temor frente a la posible pérdida del amor del otro.

26 S. Freud, *Op. Cit.*, p. 123.

27 *Ibíd.*, p. 124.

tras consumado el acto se dieron cuenta que también lo amaban, de esta manera “por vía de identificación con el padre, se instituyó el superyó, al que se confirió el poder del padre a modo de castigo por la agresión perpetrada contra él, y además creó las limitaciones destinadas a prevenir una repetición del crimen”²⁸, además, gracias a que persistió la inclinación de agredir al padre (complejo de Edipo), persistió también el sentimiento de culpa.

Con el descubrimiento del sentimiento de culpa queda establecida una fuente de desdicha permanente para el hombre, pues el desarrollo de la cultura depende del acrecentamiento de tal sentimiento con la finalidad de mantener bajo su yugo la lucha entre Eros y Tánatos que se desencadena en el desarrollo de la misma y en el interior de cada ser humano²⁹, la cual se traduce en lo referente a la cultura en la “producción de una masa [compuesta] de muchos individuos”³⁰, y como la “introducción de un individuo en una masa humana”³¹ en lo referente al individuo.

CONCLUSIONES

Como se observa, Freud no deja vía de escape del malestar causado por y en la cultura, ésta siempre va a preservarse a sí misma mediante Eros y por ende es necesaria la perpetua represión y/o sublimación de las pulsiones del individuo. Freud tampoco considera la felicidad en otros términos, y ello debido a la idea de hombre que se deja entrever en su pensamiento; al ser éste no ya un individuo racional y, por tanto, dueño de sí mismo, sino un individuo constituido por un pasado, una memoria colectiva que está como sellada en su organismo, y una historia individual, elementos todos en los que hay dispositivos que lo obligan a la desdicha en beneficio de la preservación de la cultura.

¿Pero es el hombre tal cual lo piensa Freud? ¿Acaso no está también esta idea influida por la ciencia, y por ende, por un modo de pensar que no concibe al hombre en su esencia --tal como lo afirma Heidegger--? “Que la fisiología y la química fisiológica [o en este caso, el psicoanálisis] puedan investigar al ser humano en su calidad de organismo, desde la



Sin título

perspectiva de las ciencias naturales, no prueba en modo alguno que en eso <orgánico>, es decir, en el cuerpo científicamente explicado, resida la esencia del hombre”³².

Si afirmamos, de acuerdo con Heidegger, que la esencia del hombre reside en su ex-sistencia, es decir, en el presentarse como el ser aquí, como el claro del ser, pues habita el hombre *en* el lenguaje, el problema de la felicidad que abordó Freud se dirige a otros derroteros. Si bien Heidegger no aborda tal problema en particular, sí piensa, en cambio, desde una antropología y una ontología capaces de ofrecer una vía de resolución a la problemática fundamental del hombre: su relación con el ser, y no estanca la investigación en la aporía naturaleza/cultura tal como hizo Freud.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Sigmund Freud. *La moral sexual < cultural > y la nerviosidad moderna*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1908.
 Sigmund Freud. *El malestar en la cultura*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1929.
 Sigmund Freud. *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1911.
 Stephen P. Thornton. *Sigmund Freud (1856—1939)*. The Internet Encyclopedia of Philosophy. ISSN 2161-0002. Consultado el 7/03/18 en www.iep.utm.edu.
 Jean Laplanche. *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós. 1967. Consultado el 10/03/18 en: <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/diccionario-de-psicoanalisis-laplanche-y-pontalis.pdf>
 Martin Heidegger. *Carta sobre el humanismo*. Alianza Editorial. España. 2010.

28 *Ibíd.*, p. 128.

29 *Ibíd.*, p. 135.

30 *Ibíd.*

31 *Ibíd.*

32 Martin Heidegger. *Carta sobre el humanismo*. Alianza Editorial. España. 2010. pp. 28-29.